



## VASCONCELOS, RECTOR MAGNÍFICO.

Fedró Guillén.\*

La expresión "Magnífico" no se usa en México y suponemos que deriva de España. A nosotros nos agrada. José Vasconcelos abrió la Universidad Nacional, en 1920, que funcionaba a medias desde diez años antes, cuando Justo Sierra, Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, movió el veterano portón de la "Pontificia" casa de estudios cuya primacía en América comparte la Universidad Mayor de San Marcos, de Lima de los Reyes.

No vamos a discutir cuál es más antigua. Busquemos en esto y en todo lo que nos une, no lo que nos separa.

El maestro Sierra leyó su discurso con traje de etiqueta ante Porfirio Díaz, con el pecho inundado de medallas y el Gabinete, igualmente con elegancia europea como era la costumbre. Algunos ministros usaban bigotes opulentos que hoy, jóvenes de finales del siglo XX, llevan creyendo que ellos los inventaron...

José Vasconcelos se presentó con traje civil y dijo un discurso antiacadémico, como era en persona. Habló de llevar la Revolución a la Universidad y de que el, por temperamento, no servía para limpiar el polvo a los monumentos ni para firmar títulos. Su Decreto declarando como lema "Por mi raza hablará el espíritu", vigente hasta la fecha, está lleno de sueños de unión latinoamericana. El mismo gran escritor había propuesto una "Raza Cósmica" en un ensayo sociológico y estético que, a veces, no aceptan ¡quienes son sólo sociólogos! Igual pasa con el primer libro de Octavio Paz, "El Laberinto de la Soledad" donde la poesía irriga tesis discutibles pero bellas.

Desde la tribuna de Rector, Vasconcelos atacó al tirano Juan Vicente Gómez, un 12 de octubre, "Día de la Raza", como se habitúa llamar al "Descubrimiento" que hoy oficiosos hispanistas se aprestan a celebrar, como si al llegar los españoles no existieran cálculos astronómicos, pirámides y libros como "El Popol Vuh",

\* Mexicano, abogado, periodista y escritor, catedrático de Ciencia Política en la Universidad Nacional Autónoma de México.

"El Chilam Balám" y otros textos mayas -quichés, deslumbrantes hasta la fecha.

El sátrapa venezolano fue llamado por el Rector, "Juan Bisonte" y eso lo pinta, de nuevo, como era: hombre relámpago, en llamas siempre, como el que asciende al empleo en la cúpula del hospicio Cabañas, de Guadalajara, por obra de la mano taumaturga de José Clemente Orozco.

Tuvimos el privilegio de conocer a Vasconcelos desde siempre. Era amigo de nuestro padre y juntos desfilaron en las primeras manifestaciones antirreeleccionistas, del brazo y por la calle. Alguna vez al pasar frente al pomadoso Jockey Club (hoy restaurante Sanborns, de la avenida Madero) los señoritos petimetres salieron a burlarse de quienes ya no aguantaban las constantes "reelecciones" de Porfirio Díaz. Los agresores, de palabra, desde balcones del bello palacio de azulejos, de la Colonia, olían a coñac francés y tenían el alma puesta en Francia, de donde llegaban no sólo los niños, sino sedas, modas, vinos y hasta estilos de letras y arquitectura.

Cuando éramos estudiantes primerizos de Derecho, con una pedantería cósmica muy propia del ingreso a la Universidad, fuimos a invitar a Vasconcelos, a la Biblioteca Nacional que dirigía, a una conferencia nuestra sobre él. -¿Y de verás me has leído...? preguntó sonriente.-

La verdad es que sí lo habíamos leído y que desde entonces seguimos pensando que es el mayor intelectual mexicano y uno de los cimeros del Nuevo Mundo. Fue a la conferencia con su nieta Rosario, más tarde monja en Querétaro, adonde la visitábamos. Era y es una mujer bella que dejó los hábitos religiosos y por añadidura se casó con un discípulo de Segismundo Freud...(Que no era, ¡Helas! Erick Fromm, a quien conocimos y charlamos con él en Cuernavaca).

Al final de la conferencia -¡ay! cuánto tiempo y agua pasó bajo los puentes- nos invitó a un Oporto en el mesón de Santo Domingo, del viejo barrio universitario, adonde no hace mucho llevamos a comer chiles en nogada a Ernesto Cardenal, gran poeta y viejo amigo, que le encanta quemar la garganta que entonaba salmos de Cartujo, con uno que otro tequila prócer...

Allí sin fórmulas, directo como era el gran

maestro Vasconcelos, cuya historia política es tumultuosa, nos dijo, palabras más, palabras menos: - No sé, Fedro, si llegarás a ser un escritor importante; sí que conoces mi obra filosófica y salvo pequeños detalles estás enterado de otras filosofías. Ojalá llegues a ser lo que me parece que puedes: un expositor académico. Y tomemos otra copa...

A los años seguimos nuestra ruta universitaria y este bizarro 1991, en cuya agonía escribimos estas líneas, estamos propuestos para "Maestros Eméritos" de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Hemos escrito casi 30 libros y todavía esperamos aprender a ser escritores importantes. De lo otro, de no simpatizar con la oratoria oficial, que suele ser de gentes superficiales, nos inquieta dictar conferencias que no adormezcan al "respetable" como pasó no hace mucho en Villahermosa, Tabasco. Nuestra nietecita, Pamela, que había nadado todo el día, se empeñó en ir a oírnos, como otras veces y apenas estábamos diciendo "Señoras y señores", cuando cayó en un sueño rotundo que contagió a toda su fila...

Vasconcelos, son sus ojos quemantes de iris cafés, hubiera movido la cabeza pensando: ¡Cuán equivocado estuve la noche del mesón de Santo Domingo! Anécdota la relativa a la charla en ese bello mesón colonial, que cuando la narramos al gran José Revueltas, nuestro compañero de celda burocrática en la Subsecretaría de Cultura, ¡Lo orilló a pedir un tequila doble!

El, como su hermano Fermín, gran pintor, como su hermano Silvestre, el mayor compositor de música sinfónica de nuestro cielo latinoamericano -sin olvidar a Villalobos, de Brasil- ellos, la dinastía genial de los Revueltas murieron, casi por embriagar su corazón con vinos, lo que dice recordando una frase que nos gusta decir: El que se encuentre libre del pecado que tire la primera copa...